

TESOROS DE PIRATAS EN LAS ISLAS DEL PACIFICO

Por

Enrique BUNSTER Tagle



LEJOS DE decrecer, la atracción de los tesoros ocultos o naufragos va en aumento. Se necesita ser demasiado filósofo, o excesivamente pobre de imaginación, para no soñar de vez en cuando con el hallazgo de un cofre repleto de monedas de oro, alhajas y piedras preciosas. ¡Convertirse en un Rockefeller sin más esfuerzo que dar unos cuantos golpes de picota en el suelo! ¡No volver a trabajar un minuto más en los días de la vida, tirar el desperdador a la basura y hacerles morisquetas a los gerentes de banco! Tal es la aspiración inconfesa y a veces confesada, de toda persona medianamente imaginativa; y la quimera multiplica el número de sus legiones de adeptos en la medida en que la lucha por la existencia se torna más y más penosa.

Existe el Club Internacional de Buscadores de Tesoros, cuyos miembros activos han reemplazado el espiritismo y la varilla de avellano por los recursos de la tecnología moderna, tales como el batiscafo y el contador Geiger. Preside esta institución el ilustre señor de la aventura, Henry de Monfreid, y pertenecieron a ella Franklin Roosevelt y Sir Malcolm Campbell, rivales en la búsqueda de los

entierros de la isla Cocos. La envergadura del Club y el alcance de sus rastreos se miden por su catálogo de quince mil tesoros históricos en el mundo y catorce mil contenidos en las tradiciones de diferentes países. Y sus archivos reúnen tres mil reproducciones fotográficas de lugares, planos, grabados y documentos en clave.

La conclusión de los expertos del Club es que existen en la tierra y en el mar valores ocultos que sobrepasan los mil millones de dólares. Riquezas acumuladas desde los tiempos de las galeras egipcias y romanas hasta las persecuciones de judíos por los nazis y que están a disposición de los ambiciosos dispuestos a sacarlas a luz.

Nosotros, vecinos del Océano Pacífico, vamos y venimos sin darnos cuenta por entre algunos de los célebres entierros que quedaron de la era pirática. Después del Caribe, donde estuvo el epicentro de la piratería, la costa occidental de América Latina fue tal vez el campo de acción predilecto de piratas y corsarios. Estos bandidos flotantes que nos representamos con piernas de palo, ojos parchados y garfios de hierro a guisa de manos, fueron los mosquitos de picada mortífera dedicados a chupar la sangre del fabuloso y semi indefenso imperio indiano español. Mos-

quitos y gavilanes, porque hubo un Drake y un Anson que desembarcaron en el Támesis carretadas de oro arrebatado a los galeones y puertos coloniales. Piratas británicos y holandeses atacaron cuatro veces Valparaíso, asaltaron La Serena y saquearon Guayaquil. La deshabitada isla de Juan Fernández era la guarida en donde aportaban para planear sus fechorías, recoger provisiones y llenar sus toneles de agua dulce.

Se recuerda al capitán Stradling por ser quien abandonó en ese paraje a Alexander Selkirk, el solitario inspirador de "Robinson Crusoe". Pero Thomas Stradling tiene a su haber otra acción memorable, y es la conocida bajo el rótulo de "El tesoro de la isla de la Plata".

Inmediatamente después de dejar en tierra a Selkirk, Stradling se dirigió en el "Cinque Ports" hacia la costa ecuatoriana. Su viejo barco iba haciendo agua y una fiebre persistente cundía entre los tripulantes. Cerca del Cabo Bianca divisó un patache que corría a toda vela con rumbo norte. Lo hizo detenerse con un cañonazo a filo de roda, y al abordarlo supo que viajaba a Acapulco llevando carga preciosa que debía exportarse eludiendo el pago del "quinto", derecho real. Contenía plata, oro, perlas y pieles avaluadas en ciento cincuenta mil dólares. . .

Con impecable eficiencia profesional, el corsario limpió la bodega del barquichuelo y en seguida lo echó a pique sin preocuparle la suerte de la pandilla de contrabandistas. Pero hallándose el propio "Cinque Ports" inundado por sus vías de agua, fue menester llevarlo a las Galápagos para reparar los fondos podridos. Al llegar a la desierta Albemarle se sumó a esta contingencia otra peor: la muerte de varios marineros a consecuencia del tifus declarado a bordo. Al hacerse de nuevo a la mar, el buque empezó a hundirse de verdad e inútilmente trataron de aligerarlo echando por la borda parte de los cañones y víveres.

A toda prisa trasbordaron a los botes y partieron hacia la costa con el producto del robo ocupando el espacio que correspondía a las provisiones. Fueron a dar a una islita situada a 1° 15' de latitud sur y 81° 10', frente al Cabo San Lorenzo, Ecuador. Era la isla de la Plata, un infierno cubierto de rocas y guano de pájaros. Metieron los cofres en una gruta y bus-

caron en vano un arroyo, un arbusto, unas raíces comestibles. . . Cada día moría un enfermo. Cuando sólo quedaban cuatro, Stradling levantó bandera de socorro; luego obstruyó la entrada de la caverna con una explosión de pólvora. Fueron al fin recogidos por una fragata de El Callao, pero sólo Stradling sobrevivió a la epidemia. Debió celebrarlo en su alma vendida al diablo y se dejó conducir a las prisiones peruanas con la esperanza de volver un día a la isla de la Plata.

Tan pronto como se encontró de regreso en Europa, canjeado por prisioneros españoles, reveló su secreto a un armador de Saint-Malo. En su compañía tomó plaza a bordo de un navío destinado a la América del Norte. . . Pero este barco desapareció en Terranova, y nunca se supo del capitán Thomas Stradling ni de nadie que desenterrara su tesoro.

Treinta y seis años después de aquel episodio, la escuadra de Anson hizo escala en Juan Fernández, donde todavía quedaban señales de la residencia solitaria de Alexander Selkirk. George Anson, barón de Soberton y más tarde Primer Lord del Almirantazgo inglés, es el gran señor de la era del corso, vulgo piratería autorizada y con participación del Estado. La honorabilidad discutible de esa forma de guerra se disimula y hasta dignifica en la historia con los hechos de este navegante científico y heroico, organizador y economista naval insuperable, combatiente desprovisto de crueldad y amante de las bellas letras.

Salió a expedicionar contra las colonias españolas a la cabeza de una división de ocho navíos artillada con 234 cañones y tripulada por 1.740 individuos. Una fuerza suficiente para arrasarse con los puertos y bajeles de comercio de este mar desguarnecido . . . ; sólo que la flota ansioniana era el fruto de los negocios con que ciertos caballeros prosperan a la sombra de los gobiernos, en todo tiempo y lugar. Los aparejos y cascos de los buques estaban deteriorados y las municiones de boca agusanadas; ningún marinero de experiencia quiso enrolarse y Anson tuvo que recurrir a la leva forzosa sin distinguir entre delincuentes, enfermos, menores de edad y viejos. Resultado: el "Severn", el "Pearl" y el "Industry" no pudieron doblar el Cabo de Hornos y el "Wager" encalló en los canales magallá-

nicos. Con nueve meses de viaje desde Spithead y sólo ocho hombres en condiciones de servir, llegó el "Centurion" a Juan Fernández en junio de 1741. A poco arribó el "Tryal" con cinco hombres útiles; el "Anna", inundado y con los víveres echados a perder; y el "Gloucester", que demoró un mes en rodear la isla y entrar a puerto. Centenares de enfermos de escorbuto fueron sacados de sus nauseabundos dormitorios y trasladados a un hospital de tiendas y ramadas improvisado en el bosque.

Tres meses tardó Lord Anson en devolver la salud a los sobrevivientes de la mortandad, alimentándolos con la verdura, peces y frutos de ese paraíso insular. No estaban todos dados de alta cuando fue avistada una fragata de pabellón español. De inmediato aparejaron el "Centurion" para salir a darle caza. La nave perseguida era el mercante "Nuestra Señora del Monte Carmelo", pesado armatoste que sólo atinó a disparar una salva antes de entregarse a sus captores. De sus bodegas sacó Anson toneladas de paño de Quito, azúcar, algodón y tabaco; botín de poca monta comparado con el tesoro de veintitrés zurroneos conteniendo moneda de plata avaluada en ochenta mil dólares de entonces. . . Los mismos que el corsario enterró "en alguna quebrada de la isla" y hasta hoy exacerban la codicia de sigilosos buscadores.

¿Por qué no volvió a recogerlos? Presumiblemente porque esperaba regresar por la ruta Juan Fernández-Cabo de Hornos y no por la de Oceanía que las circunstancias le impusieron; en seguida, porque todos sus buques, excepto el "Centurion", debieron ser sacrificados por inservibles; y finalmente, porque el saqueo de Paita y Chequetán y la captura del galeón "Covadonga", de Manila, dejaronle en posesión de valores ya casi incalculables en monedas actuales. ¿Valía la pena cruzar de nuevo el Pacífico en un buque destartado, con la mitad de su gente enferma otra vez de escorbuto, para ir a desenterrar unas cuantas monedas de plata? . . .

Otra isla chilena comparte con Juan Fernández el privilegio de ser escondrijo de tesoros de rapiña. Es la inhóspita y casi desconocida Saumarez, que se ubica en 49° 7' sur y 76° 38' oeste, en los canales magallánicos. El escritor especializado Robert Charroux sostiene que en ese pa-

raje siniestro aportó en 1751 el bergantín-goleta "Césares" mandado por el pirata Terracuca, de la banda de Paul el Olonés. Este barco huía desde el Atlántico transportando lingotes de oro por valor de cien millones de doblones robados en el asalto de Bahía Blanca, y Terracuca buscó el refugio de Saumarez para reparar las graves averías que sufriera en el Estrecho. El tesoro fue escondido "en una de las numerosas grutas de la isla", y se supone que ahí está todavía, pues ni el "Césares" pudo reanudar la navegación ni sus dieciocho tripulantes lograron escapar del Paso del Indio. En 1846 nueve esqueletos humanos fueron encontrados en una de las cuevas. Expediciones realizadas en 1896 y 1912 —Charroux no indica su procedencia— extrajeron el equivalente del seis por ciento del entierro, y el cronista añade que nada más se ha logrado sacar hasta hoy.

En el "Voyage" de Lafond de Lucy se lee la historia digna de Salgari vivida por un ex oficial de la Armada chilena. Se trata del escocés Peter Robertson, que a bordo del bergantín "Galvarino" participó en la Expedición Libertadora del Perú y en la "guerra a muerte" contra el montonero Benavides. Para describir su carácter bastará anotar que en la campaña del sur mandó colgar de los árboles a 60 prisioneros capturados en un desembarco. Hacia 1826 se encontraba en El Callao, sin destino en la Marina peruana y, para colmo, locamente enamorado de una joven viuda limeña. Esta mujer casquivana y fatal, llamada Teresa Méndez, había flechado a Robertson en una proyección de Corpus, y desde entonces el marino cesante vivía (o moría) revolviéndose en la pasión y los celos. Teresa le daba tormento con sus otros pretendientes y con frío descaro díjole un día que no soportaba a un galán pobre y que sólo daría su mano al que fuese capaz de sentarla en un trono de riqueza y boato. Con esta declaración y su índole desequilibrada, el escocés quedó listo para cometer cualquier enormidad que le permitiese conquistar a la coqueta, así fuese el robo o el crimen.

Por un azar tuvo noticia de que cierto bergantín del gobierno estaba por salir de El Callao con una remesa de dos millones de piastras de oro. Sin vacilar concibió y ejecutó su plan nocturno de apoderarse del "Peruviano" con la ayuda de

un puñado de aventureros que reclutó en las tabernas y casas de juego. Perseguido inútilmente por buques de guerra del almirante Guise, el pirata llegó a Tahiti, donde embarcó provisiones y una hembra joven y bella para cada uno de sus secuaces, y luego siguió huyendo a través de los archipiélagos. En una isilla desierta abandonó a la mitad de los hombres y mujeres bajo pretexto de insubordinación, y continuó a las Marianas, para detenerse en Guam, donde creyó que a nadie se le ocurriría ir a buscarle. Echó anclas en una ensenada del SO de la isla, a buena distancia de la aldea nativa. Al primer descuido de sus sospechosos amigos, las tahitianas saltaron por la borda y nadaron hacia la playa. Si huían o jugueteaban, Robertson no lo supo; se limitó a aprovechar la ocasión para descargarles una rociada de balas y deshacerse de ellas.

Quedaban con él dos oficiales irlandeses y cuatro aterrorizados marineros. En horas de la noche desembarcaron el cuan-

toso tesoro, contenido en mil cajas de madera con aros de hierro, y procedieron a enterrarlo en una zanja de medio metro de profundidad practicada en suelo arenoso.

En un año de residencia en Guam el trastornado Robertson eliminó uno por uno a todos sus cómplices, hasta quedar en posesión de la riqueza con que soñó enternecer el corazón de Teresa Méndez.

Cuando menos lo esperaba cayó sobre él la mano implacable del gobernador español de las Marianas. El criminal no intentó escapar ni disculparse, pero, llevado a bordo por su captor, se arrojó al mar en un descuido de los guardias para dejarse morir ahogado. Eso era preferible a perder para siempre a la mujer amada, y preferible también a la horca.

El gobernador Medinella ocupó a seiscientos indígenas para excavar en busca del entierro, en la caleta del SO donde aportara el "Peruviano", pero nada encontraron después de remover toneladas de arena.

